



PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administracion que en las librerías.)
Por tres meses... 6 reales.
Por seis meses... 12 »
Por un año... 24 »
La suscripcion empieza el 1.º y 15 de cada mes.

Administracion y Redaccion, Claudio Coello, 17, bajo.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al Administrador de EL COHETE, Don Gregorio Garcia Leon.

DIRECTOR: ROBERTO ROBERT.



PERIÓDICO SATÍRICO.

Domingo 23 de Febrero de 1873.

PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Adm... 3 reales.
Por seis meses... 6 »
Por un año... 12 »
EXTRANJERO.—Por tres meses... 16 »
ULTRAMAR.—Un año... 4 pesos.

Número suelto, DOS cuartos en toda España.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

DIBUJANTE: J. LUIS PELLICER.



PESE Á QUIEN PESE.



¡Aun hay república!
Aquella forma de gobierno, que, segun decian todos los sábios no era grata á ningun español; aquella forma de gobierno que no podia coexistir sino con todos los crímenes elevados á su mayor potencia, vino, vió y vence todavia.
¡Ah, pero me dice V. ¡vaya una república la que tenemos!
Sobre esto, palabra.
¡Ustedes creen que al cabo de quince dias de hecho el mundo, ya habia sabrosos frutos, producto de sábios ingertos, y rios encauzados y puertos salvadores y perdigueros educados?
No, camaradas, no habia nada de eso al cabo de quince dias de hecho el mundo, ni lo hubo muchos siglos despues.
Adan y Eva desobedecian á Dios y se erigian en junta revolucionaria; Dios les deportaba; los hijos de Adan y Eva se declaraban en guerra... y, creanlo ustedes, andaba todo aquello muy mal. ¡Y querrian ustedes que á los quince dias de proclamada la Repú-

blica, obra al fin de unos pobres pecadores, ya anduviese mejor que la obra de Dios?
Pues no piden Vds. gollerias, que digamos.
Yo recuerdo que en tiempo de la monarquía borbónica, cuando los moderados triunfaban de los progresistas, ó los progresistas de los moderados, se empezaba con prisiones, con destierros, con palos y con sablazos, con delaciones infames y con venganzas personales, sancionadas con el silencio del poder.
La república, más bonachona, no ha traído ninguna de esas inmundicias. ¿Qué moderado ha tenido que huir á esconderse? ¿Quién ha sido vejado por sus opiniones? ¿Qué periódico ha muerto á mano airada?
Ea, español que sufristes tres siglos de frailes y de absolutismo: ten calma, siquiera unos dias; sé tan racional como entusiasta eres; piensa en tu derecho y no en la satisfacción de tus pasiones, y deja que esa república niña, inexperta, débil y buena, como todo ser recién nacido, déjales, digo, que se nutra y robustezca, que eche los dientes para que pueda fortalecerse con manjares sólidos; que adquiera fuerza en las piernas para que pueda andar; que se forme su cerebro; que llegue á la plenitud de su vida.
¿Qué les parece á Vds. que para esto hay que pasar demasiado tiempo, y no pueden esperar?
Pues entonces, maten á la república en la cuna, y

vuelvan á llamar á la monarquía, que ya es tallada.
¡Monarquía digo! Los Borbones y los Orleans de Francia ya han acordado que les es imposible ponerse de acuerdo.
Los Borbones y los Orleans de España, convienen tambien en que sólo pueden vivir en la mayor discordancia.
Hay una faccion monárquica en España que se declara partidaria del rey X.
El Sr. Ulloa confiesa en la Asamblea que él y los suyos son monárquicos, pero que no tienen candidato.
Hombres que votaron por rey á Montpensier en las Constituyentes; hombres que sirvieron á D. Amadeo; hombres que fueron defensores de Isabel II, no tienen reparo en declararse republicanos y en gobernar en nombre de la república...
Háblenme Vds. de monarquía tanto como quieran.
¡Pobres diarios monárquicos!
Ellos tenían ya preparados los sueltos terroríficos que sobre los horrores republicanos debian publicar desde los primeros dias de la proclamacion de la nueva forma de gobierno, y su malograda prevision es hoy su mayor tormento.
Ya tenían escritos aquellos comienzos de: «La plu-

LOS MARIDOS.

(LIBRO QUE NADA LES IMPORTA Á ELLOS.)
Efectivamente; por duro, por penoso, que sea el decirlo, aquel caballero falleció para el amor casero; para el amor que se llama legítimo.
Y cuanto más se va penetrando de la importancia de la fidelidad de la mujer, tanto más se siente autorizado para atenuar la importancia de su fidelidad propia.
Cuando muy niño, no sospechaba que la humanidad se compusiera de dos sexos; despues creyó que los dos eran iguales; más adelante, la pasión le hizo ver en el sexo débil un sinnúmero de perfecciones de que el suyo carecia; pero ahora...
¡Ahora! Andenle ustedes con teorías semejantes.
¡Oh! En cuanto á esto tienen ustedes razon cada vez que exclaman:
—¡Qué hombres!
Es decir, que casi siempre tienen ustedes razon, porque casi siempre exclaman ustedes eso mismo.
Hagamos una breve pausa y dirijamos nuestra vista á otros aspectos del marido, que si no son infinitos, son todo lo que más se aproxima á lo infinito, en este mundo limitado.

Creemos haber dicho que hay en el hombre ciertas cualidades que solo se desenvuelven en determinado sentido, merced al matrimonio.
Por ejemplo: maridos hay que no son petulantés con nadie y lo son con sus mujeres.
Otros no sufren ancas de nadie, y ellos creen que no las sufren ni aun de su mujer misma, y sin embargo, su mujer no se apea nunca de ellos.
Y ahora ustedes, lectoras mías, pueden imaginar, ya que tan aptas las hizo la naturaleza para los actos de la imaginacion, pueden imaginar, digo, otras cualidades que me callo.
Bosquejemos.
Pedro (parece que los Pedros han nacido para los ejemplos), Pedro no es avaro, pero todo se lo escatima á su mujer.
Es que Pedro cree á su mujer manirota y no quiere acostumbrarla á la prodigalidad.
Es Pedro una persona de regular caudal; pero siempre finge en su casa que vive poco acomodado, temeroso de que su mujer conciba ideas de lujo, y una vez lanzada por la pendiente no pueda contenerse.
Se equivoca Pedro?
Alguna vez se equivocará, y alguna vez acertará tambien; pero á los ojos de su mujer yerra siempre.
Ella ignora el objeto verdaderamente moral que su marido se propone, y cuando descubre que éste la ha estado engañando con respecto á su situacion pecuniaria, se cree engañada en todo.

Entonces sospecha, ¿qué es sospechar? entonces afirma que su marido gasta con otras, lo que á ella le escatima; entonces toma por ricos vegueros las mortíferas tagarninas que su marido fuma; le atribuye á él todos los vicios; le cree capaz de llegar al crimen; le aborrece; teme verle morir de muerte afrentosa, y procediendo como debe proceder una esposa poseída de semejantes ideas, acaba por volver lelo al hombre cuyo único error consistió en haber elegido un remedio no aplicable á la enfermedad que se proponia curar; pero ese error único duró tanto, y fué por él sustentado tan sistemáticamente, que no es de extrañar acabase por producir frutos ponzoñosos.
No vaya, empero, á creerse que tratamos de pintar una galería de maridos mártires de su amor á la moral, desviándonos de la direccion que tomamos al comienzo de estas páginas; no, señoras, no.
Una golondrina no hace verano; pero supuesto que golondrina hay en el gremio marital, justo nos parece mencionarla, siquiera para no dar pretexto á que se diga que solo hacemos escándalo de lo malo, cuidando maliciosamente de ocultar lo bueno.
Pero lo bueno en esta materia y en otras muchas es tan escaso, que no requiere largo detenimiento, y cada uno puede repasarlo en su memoria con la seguridad de que no ha de escapársele gran cosa, por poco rato que sobre ello reflexione.
Prosigamos, pues, bosquejando.
So pretexto de la antiquísima preocupacion que existe sobre no sé qué veleidad del bello sexo, hay

«ma se nos cae de las manos, como resistiéndose á dar cuenta de los sacrilegos atentados cometidos con motivo del incendio y saqueo de San Isidro el Real; crímenes inauditos perpetrados por la hez del pueblo »pervertida por ciertas predicaciones...»

Y aquello de

«Cubierto el rostro de vergüenza y arrasados en lágrimas los ojos presenciábamos ayer la infernal parodia con que fueron profanadas las creencias más caras al pueblo español.

Una turba de mujeres, salidas de las más inmundas sentinas, envueltas en hábitos sacerdotales, recorrian las principales calles de Madrid... etc...»

Y lo otro de:

«El Escorial, aquella preciosa maravilla, asombro y envidia de los extranjeros y gloria de la fé y el arte patrios, ya no es más que un monton de ruinas.

»Robadas sus inmensas riquezas, destruidas sus preciosidades, profanadas las tumbas de los reyes...

«La sociedad perece; solo un génio de virtud, de valor, de fuerza, puede salvarla!»

Y más abajo:

«Parece que algunos miembros del Poder supremo han llamado á toda prisa al general Serrano (¡puff!) que solo por amor á la justicia y al orden social se muestra inclinado á volver á la vida activa.»

¡Pobres periódicos monárquicos!

A medida que crecen los peligros para el orden social, se va enfriando aquel entusiasmo por la liga que se notaba en los últimos días del régimen monárquico.

Algunos observadores curiosos han creído notar que muchos de los ligueros procuraban desligarse y hacian sus preparativos para presentarse candidatos republicanos inflexibles en las próximas elecciones, así como ya hay calamares que organizan clubs de federales intransigentes.

En vano agitan de un lado para, otro esa Cuba, que quieren conservar para la patria, con tal que la patria sea siempre menor de edad y ellos sus padres.

En vano andan con el ciaboga de la abolición y el aplazamiento de la abolición; en vano le piden á su caletre inspiraciones...

Todo aquello de las clases conservadoras, del monarquismo del ejército, del poder de la tradicion, de los intereses amenazados, del miedo á la demagogia, todo se ha convertido en agua de cerrajas, y como

maridos tan felices como ridiculos, persuadidos de que han logrado encaminar y fijar la direccion de los afectos y las ideas de sus mujeres.

Hombres verdaderamente envidiables, pero tanto menos envidiados cuanto más de cerca conocidos.

La mujer conoce ese flaco: y esta no es regla general con excepciones, sino ley absoluta, inflexible, universal.

En efecto, otras faltas podrá ocultar un marido á su mujer; pero la falta de creer que él la ha amoldado á su voluntad, de que él la ha ido formando conforme con sus deseos, no se le escapa á mujer alguna.

El cree que si su mujer madruga, es porque él ha querido que madrugase; que si va poco al teatro, es porque él la ha obligado á ahogar esa afición; que todo lo que hace su mujer es debido á propósitos suyos gloriosamente logrados.

A estos caballeros, una vez conocido su defecto, les sucede una cosa muy curiosa, y es que sus mujeres fingen inclinaciones que no tienen, para que sus maridos pongan todos sus conatos en combatirlas, y ocultán cuidadosa y sagazmente las verdaderas.

El marido llega á citar á veces diez y aun doce defectos que cree de buena fé haber cedido á sus hábiles esfuerzos y á su constancia; pero no ve uno solo de los que son en su mujer lunares patentes á los menos observadores.

El duerme el sueño del justo, y piensa que al morir le cabrá á lo menos el consuelo de haber me-

deciamos ayer, de todo ello ha salido una república.

—Sí, pero una república con cinco ministros monárquicos.

—Buenos eran para empezar, pero durarán menos de unos calcetines.

—Pero una república con mayoría monárquica en la Cámara.

—Se disolverá.

—¿Cuándo?

—Antes que el gallo de la Pasion vuelva á cantar.

—Los sucesos tienen talento. Parece que hayan curado las aulas.

Ellos hicieron de modo que entre tanto candidato al trono, solo pudiera aceptar el que era capaz de renunciarlo.

Ellos, sin necesidad de vociferadores ni de los aparatos Berdan y Remington, nos dieron en veinticuatro horas una república hecha y derecha.

Ellos desde el primer día están empujando suave y blandamente á los demócratas fuera del banco azul, para hacer lugar á un ministerio completamente compuesto de republicanos antiguos.

Y todo esto sin artillería, sin barricadas, sin aguardiente... sin sangre.

«Será esa la república de guante blanco, tan aparentemente temida de algunos aduladores del harapo? No sé. Séalo ó no, ¡bendita sea!

Roberto Robert.

EL RECONOCIMIENTO.

Gran decoración representando las cinco partes del mundo.—Muebles y adornos diversos.—Plátanos, jaiques, fusiles, pieles, barricadas de petróleo, máquinas, libros, etc., distribuido toda con gusto y aparato.

Las naciones todas colocadas sin orden ni concierto, se dedican con atención á sus profesiones peculiares. Italia canta, Turquía fuma, la América del Norte da martillazos, Rusia caza, Portugal cuenta contos... de rey (que son largos de contar), Inglaterra ensaya una máquina, Francia ensaya un can-can, Austria reza, Alemania hace cartuchos...

De repente se abre una puerta con violencia y entra ESPAÑA con gorro frigio llevando en la mano una bandera tricolor.

ESPAÑA.—Compañeros: ¡viva la república!
(A sombro general. Unas naciones huyen á esconderse, otras agarran un fusil, otras chillan.)

PORTUGAL.—¡Socorro, vecinos, socorro!

ESPAÑA.—Sí, amigos míos, ¡viva la república!

jurado al sér débil puesto bajo su tutela por la religion y las leyes.

En lo de conservar siempre caracteres de superioridad á los ojos de su mujer, hay maridos que llegan á la última extravagancia.

Procuran por todo género de tretas y engaños que su mujer viva persuadida de que su marido es superior á todos los hombres de la tierra.

Así, por ejemplo, nunca llevan á su mujer á esos espectáculos en que un Alcides levanta cuarenta arrobas de peso, porque no pueden decir: yo tambien lo haria.

Todo lo que no han aprendido, dicen que se les ha olvidado.

Se jactan de ser amigos íntimos de los hombres más influyentes, pero añaden en seguida que han jurado no pedirles cosa alguna, por más que de continuo les brindan aquellos con un favor.

«Se trata de comer? Ellos citan escenas de su juventud, en que su estómago soportaba más que otro alguno; y en materia de beber, citan dos ó tres lances tan extraordinarios, que bastan para su gloria en este sentido.

Han tenido desafíos, han recibido heridas graves que milagrosamente se les curaron sin dejarles señal alguna, y han dado tales tajos y reveses que su pobre mujer, si lo cree, apenas ve á un lisiado se pregunta si será una de las víctimas de su esposo.

Entre los que gozan con hacerse el hombre importante á los ojos de su mujer, hay un tipo delicioso.

ITALIA.—(Tirando el arpa.) ¡Corpo di Baco!

PORTUGAL.—¡No la creais, por Dios! ¡Echémosla de aquí! ¡Que nos compromete!

INGLATERRA.—¡A ver, á ver! ¡Vuélvalo V. á decir! ¡Explique V. eso!

FRANCIA.—Orden, señores, orden; discutamos con orden; examinemos los hechos; veamos si trae navaja en la liga.

PORTUGAL.—¡Socorro! ¡Todos á ella! ¡Acabemos con ella!

INGLATERRA.—Se quiere V. callar! Pero hombre, ¡que todos los chiquitos han de alborotar tanto!

ESPAÑA.—¡Libertad, justicia, moralidad, orden, trabajo! ¡No más reyes! ¡Viva la república! ¡Venid á mis brazos, compañeros!

(Todos se quedan pensativos, embarazados y sin movimiento, excepto la América del Norte, que deja el martillo y corre á abrazar á España.)

ESTADOS-UNIDOS.—¡Viva España! ¡Viva España íntegra, libre y honrada! ¡Ven á mis brazos, hermana y amiga! ¡Ya era hora! ¡Viva la república!

ESPAÑA.—¡Gracias, amigo! ¡Y vosotros, qué haceis? ¿Me admitís en vuestra compañía?

TERQUIA.—¡Qué más me da? ¡Si no me haces levantar para abrazarte!...

ESPAÑA.—No, no; basta con lo dicho; ¡y vosotros? ¿Qué haceis? ¿En qué quedamos?

PORTUGAL.—Por Dios, señores, que me va á ahogar. ¡Echarla de aquí!

FRANCIA.—¡Orden, orden! ¡Procedamos con orden!... Examinemos... en primer lugar, no trae puesto le *chapeau calagnais*, y esto es grave...

INGLATERRA.—¿Qué tiene eso que ver? Vamos, ¿qué dice V. á todo esto, amiga Rusia?

RUSIA.—Hombre, ¡si yo cuasi no soy de esta parroquia! Que hable Prusia.

PRUSIA.—Oh! Mi opinion ha de ser favorable, porque eso ya lo preveía yo desde que supe que no querian mi receta Hohenzollern. De modo, que yo solo espero á ver lo que dicen los demás. ¿A V. qué le parece, señora Italia?

ITALIA.—Me parece lo mejor que me dejen ustedes en paz; ¡pues estoy yo ahora para bromas! ¡Por vida de!...

PORTUGAL.—Por Dios, ¡socorro! ¡Armémonos!

FRANCIA.—¡Orden, orden! España es un país muy atrasado...

INGLATERRA.—¡Cállese V. ¡farfanton!

AMÉRICA DEL SUR.—Si está niño Castela, yo reconocer, ¡que é amiguito mio!

ESPAÑA.—Bueno. ¿En qué quedamos? ¿Qué hacemos? ¿Qué determinan Vds.?

INGLATERRA.—Nada, nada, envíenos V. la cartita de invitacion y nosotros nos reuniremos y ¡qué demonio! mujer, todo se compondrá.

ESPAÑA.—(Escribiendo.)... «Tiene el honor de ofrecer á ustedes su nueva habitación limpia de trastos, telarañas, chanchullos, servilismo, etc., etc. Salud, república y orden.» ¡Ahí va señores!

(Todos se retiran á conferenciar.—Portugal llora.—

El que se finge siempre metido en conspiraciones, sin hacer alarde de ello; pero saliendo de casa á deshora, hablando en secreto con muchos de los que van á verle, echando al fuego cartas despues de haberse escondido para leerlas en sitio donde su mujer puede atisbarlo, y dejando caer de cuando en cuando ciertas expresiones sibiliticas, ciertas palabras que finge habérsele escapado.

Estos se hacen admirar á poca costa.

Van á pasar dos días de campo con un amigo y dejan encargo á su mujer, de que si preguntan por él, diga á todos indistintamente, que salió diciendo que quizás no volveria hasta muy tarde; pero que de ningún modo diga que estará cuarenta y ocho horas fuera de casa.

Cuando lee los periódicos, delante de su mujer, por supuesto, hace gestos, lo más significativos que puede, como si estuviera en el secreto de ciertas insinuaciones oscuras, ó al llegar á cierta noticia, toma el sombrero á toda prisa y echa á correr, como si de su diligencia dependiera la salvacion de la patria.

Es imposible ponderar los goces que disfrutan esos hombres en el tranquilo seno de la familia.

Cada vez que su pobre mujer los cree comprometidos y tiembla por la suerte del simple satisfecho; cada vez que su pobre mujer se muestra complacida con la idea de que su esposo influye tan poderosa como secretamente en los negocios de la patria, el corazon del marido atesora goces inefables.

(Se continuará.)

FUTURO INMEDIATO.



SÍNTESIS.

Separacion de la Iglesia y el Estado.

Italia se muerde los puños.—Rusia se emboza.—Inglaterra se lava las manos.—Solo quedan en el salon Turquia que sigue fumando y los Estados-Unidos que le dicen a España: «¿Quieres ahora escuchar dos palabras para labrar tu felicidad? Pues ven a este rincon.» Se retiran.

Baja pausadamente el telon.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Manuel Matoses.

AL GRAN EMBAJADOR.

Hombre, lo siento de veras;
lo siento, don Salustiano,
y si estuviera en mi mano
yo arreglaría pronto el belen:
porque me duele y me enoja
que sin duda por mal sino,
le quiten á usted un destino
en que hace tiempo se encuentra bien.

¿Cuánto perderá la Francia
si al cabo pierde su ayuda!
¿cuánto pierde usted sin duda
que es el que pierde más y mejor!
¿Cuánto pierde España, en donde,
fuera de usted, no se halla
otro que tenga la talla
para ir al Sena de embajador!

¿Qué dirá Europa al saberlo,
y el arrendador de Vico?
¿Qué pensarán de este mico
los pocos reyes que están de pie?
Dirán que este es el diluvio
que toma una forma extraña,

y que se pierde la España
en cuanto pierda su momio usted.

¡Un millon de sueldo!... ¡Cáscaras!
comprendo que usted se apure
al perder la sine cure
que vale al año tal díneral,
porque á menos que se vaya
en vez de Pieltain á Cuba,
aquí no hay sueldo que suba
á un sexto solo de ese caudal.

Está visto que la gente
nunca se pone en lo justo:
no sabe usted el disgusto
que yo me tomo por su interés.
¡Peste con los federales...!
¿A quién mandará Figueras,
que goce de esas maneras
y que posea tanto el francés?

¡Un señor con ese peso!
¡Un hombre de tanta miga!
Pero... ¿por qué se le obliga
á que presente la dimision?

¿No servirá á la república
como á Isabel y Amadeo?
Entonces, por qué su empleo
quieren quitarle de sopetón?

Lo único que me consuela,
es pensar que aunque me apeno
cualquiera que vaya es bueno
si hace lo mismo que hacia usted:
mantener mesa de príncipe,
dar paseitos en coche,
y recibir por la noche,
y hacer visitas y tomar té.

Mas, ¡oh Dios! ¿qué es lo que escucho?
¿diz que al fin se arregla esto
y queda usted en el puesto
que tiene en Francia de embajador?
¡Me alegre, don Salustiano,
que aunque sus servicios niego,
sentiria que el borrego
bajase un punto de su esplendor.

Conque, viva usted mil años
gozando de su embajada,
y no haga caso de nada
mientras le paguen como es de ley;
porque ya todos sabemos,
hasta los que son de estuco,
que es usted el tipo del cuco,
mande Figueras ó mande un rey.

P. Ximenez Cros.

EL ALARMISTA.

Amigo Pánfilo: No sé qué te aconseje en lo que me consultas de venirte por acá á buscar un destino que parece que en estos dias los hay á docenas. Tú harás lo que mejor te parezca; pero en mi opinion no debias solicitar nada del Gobierno, porque sobre ser muchos los que tras de eso andan, ya sabes tú que al que se le coloca por influencias políticas, sole le dura el empleo lo que se sostiene en el suyo el que le protegió.

De otra clase de destinos el que me parece mejor es el de alarmista que yo he abrazado y en el cual me va á las mil maravillas. Asi es que estoy hecho un caballero. Mis dos pesetas, indemnizacion de gastos forzosos de café y taberna, traje completo gratis, á veces una entrada en el teatro y en ocasiones un cubierto en la fonda. ¡No se puede pedir más!

Por la mañanita temprano me levanto y voy á tomar la orden á casa del amo. Allí me dicen si la no-

ticia del día ha de ser la sublevación de un regimiento, la victoria de una partida carlista, la crisis ministerial ó el desenfreno de las turbas en tal ó cual parte. También me dicen allí el punto á que se me ha destinado para la noche, que es cuando más se trabaja y lo que requiere más práctica en el oficio; pero ello al fin no es cosa de romperse la cabeza en el asunto.

Si me toca ir al teatro, ya sé que hácia la mitad del acto segundo entrará un compañero vestido de lacayo, atravesará por entre las butacas con el sombrero puesto para llamar mucho la atención, me hablará al oído, saldré yo precipitadamente, y al llegar á la puerta ya me seguirá la mitad del público, metiéndose unos el gaban á toda prisa, y preguntando otros con acento entrecortado «si es verdad que andan á tiros.»

En la fonda somos dos los que hacemos el papel. Un compañero mio, sentado en un punto distante, dice á mitad de comida que no había reparado en mí, que si gusto de acompañarle, que cómo me va, que cómo está mi familia, y acaba con el «¿qué hay de cosas?» Entonces entro yo en escena y digo que esto está perdido, que aquí no hay gobierno ni cosa que lo valga; que en Andalucía se están repartiendo las tierras; que los soldados de tal cuartel han querido sublevarse al grito de «viva la Pepa!» y que hasta que aquí manden personas de crédito y honradas, estamos amenazados los hombres de orden y los que tenemos algo que perder.

Si me toca ir al café, pido una copa de prisa y corriendo, la tomo con los guantes puestos para que crean que soy persona que no reparo en guantes más ó menos, pregunto al mozo qué ha oído decir de la sublevación de Zaragoza de que se habla con insistencia, y me levanto pronto diciendo de modo que se oiga: «que me marchó á casa porque se dice que va á haber.»

En la Puerta del Sol detengo á un amigo y le digo en voz alta que se trama una conspiración alfonsina; en la Bolsa anuncio que van á bajar los valores porque hay noticias graves; y si por fortuna me encuentro en la calle con la detención de un ratero, ó el atropello de una persona por un simon, entonces desato la lengua y suelto media docena de improperios contra el orden de cosas.

En fin, que esto es muy socorrido. Verdad es que no deja de ser penoso, porque algunos días (estos por ejemplo) no para uno ni descansa un momento. Cierzo es también que á veces nos encontramos tal cual garrotazo con que no contábamos; pero te aseguro que de Monipodio acá no se ha visto oficio más lucrativo ni que menos esfuerzos exija.

Tú verás, pues, si esto te conviene. Por si acaso, te anuncio que ahora hay vacantes dos plazas de alaristas de Ultramar, para hacer correr noticias falsas de Cuba y Puerto-Rico.

Dan un duro diario, ropa, comida, cigarros habanos para que pueda decir uno que son de su cosecha, abonan gastos menores y berlina un día á la semana para ir á puntos de importancia.

Si aceptas una de estas plazas, la obtendré para tí, pues á mí no me conviene, porque pienso establecerme, poniendo un juego de ruleta y un centro alarista.

Te saluda y abraza tu compañero de Melilla.—
JUAN ROMO.

Por la copia
Andrés Corzuelo.



Un ciudadano neo ha preguntado el otro día en la Asamblea si los curas necesitan ahora jurar para percibir sueldo.

«¿Quién hubiera sido ministro para contestar: «Ni aunque juren!»

«Nombrar Posas, para...»

Y luego dirán: «Pues, señores, bastante hice yo que me inspiré en la opinión pública mientras fui ministro.»

«¿Qué gentes hay, mecachis!»

D. Carlos se halla en Pau esperando ocasión para entrar en España.

D. Salustiano se halla en París buscando teologías para no salir del presupuesto.

Y nosotros por acá amenazados por uno y otro.

«¡Felices nosotros!»

Dice *La Correspondencia* que una persona ha escrito un folleto titulado: «Por qué se pierden las Antillas?»

Voy á preparar otro folleto titulado: *Toma... toma... porque no se pierden los conservadores.*

«¡Ya tiemblo!»

Se nos amenaza con una huelga de clérigos.

Pero el Gobierno está sobre aviso é inmediatamente se encargarán los agentes de orden público de cubrir las funciones eclesiásticas.

De modo que no hay por qué temblar.

Hombre, ahora que estamos en época de reformas no podían nuestros colegas sustituir por cualquier otra frase la usada con frecuencia de *tener lugar*.

«¡Ayer tuvo lugar,» dicen algunos con sangre fría, creyendo que escriben en castellano!

«¿Con que la señorita de tal ha contraído matrimonio con el señor de cual, según anuncia un periódico?»

«¡Ah, picarillos! ¿Quién diría que se habían de casar al fin! Y ¡quién dijera que nos había de interesar el casamiento!»

«¡Buenas cosas dice *La Correspondencia* con motivo de no tener letras á su nueva fundición!»

«¿Que los carlistas se aprestan á una ruda campana?»

«¡Campana... da! digo yo.»

Las cigarrerías de Oporto se han declarado en huelga.

España debe decir á Portugal: «Pues yo no puedo ofrecer á V. cigarros porque ¡son del estanco!»

Y Portugal debe contestar: «¡Muchas gracias! Veo que se interesa V. por mi salud!»

Un capellan ha devuelto el otro día á la Hacienda 200.000 reales, que con dicho objeto le entregó un católico, sobre cuya conciencia pesaban esos 10.000 duros.

«¡Ay! ¡Si todos hicieran lo mismo! ¿Para qué queríamos más día de fiesta, ni más desahogo para nuestro Tesoro?»

«¡Pero son miles á llevarse y no es más que uno á devolverlo!»

«¿Con que en Madrid el general Cluseret?»

«¡Vámonos á Francia, condesa!»

Dorregaray ha entrado en España con unas piezas de artillería.

La *sociedad de la Liga*, á la cual es Dorregaray afecto, está por lo tanto de enhorabuena.

«¿Con que ya tenemos piecitas que coger? ¡Más vale así!»

Dice un periódico que D. Francisco de Borbon se halla en Inglaterra, cada vez más apartado de la política de España.

Y aun podía añadir: «y de su mujer.»

El Papa recomienda al clero y á los que le mantienen, que conserven cuidadosamente la pureza de la fé y su adhesión á la Santa Sede, aunque tengan que arrostrar el destierro, la prisión ó la muerte.

«¿A quién se persigue por la fé hoy día? No lo sabemos.»

Lo que si sabemos es que los fieles temen ver llegado el día en que ellos solos hayan de sostener el lujo y la pompa del Papa y los cardenales.

Dicen que el comité carlista de Londres piensa levantar un empréstito de 25 millones de francos para D. Carlos Terzo.

Nos parece muy sensato el pensamiento. El mundo moderno camina al absolutismo, y con un empuje de 20 ó 30 millones, llega al término de sus deseos.

La junta formada en Moratilla ha desestancado el tabaco y declarado cesante al cura.

Hé aquí una atrocidad, que sería una gran cosa si la hicieramos todos á un tiempo.

El Gobierno dice que la entrada de Carlos Terzo ha de dar alientos á sus partidarios.

En efecto: con tales brios le vieron huir de Oro-

quieta, que solo al recordarlo las piernas se le deben indisciplinar de entusiasmo.

Hay veinte periódicos conservadores que tienen ya escritos los correspondientes artículos para lamentar la primera degollación en las muchas que por su cuenta ha de haber pronto en España.

Estos artículos acaban todos diciendo:

«*Quam rempublicam habemus?*»

A los que no estén avisados, les ha de producir gran efecto la lectura.

Vamos: ahora ya tienen ustedes república. No incurran en exageraciones; no pidan nada más.

«No pedimos nada más hoy que ayer: república...»

«—Y basta.»

«—Espere V. República federal.»

«—Ve V.? Eso ya no me gusta.»

«—Vote V. en contra.»

«—Es que podíamos avenirnos.»

«—Sí, pero no tragándose V. lo mejor del programa.»

«—¿Qué tercios son Vds.!»

«—Tiene V. razón.»

En la buena sociedad
el ser fiel á la conciencia,
no se llama consecuencia,
que se llama terquedad.

A estas horas ya está preparado el relato de varios castigos milagrosos lanzados por el cielo sobre España por haber proclamado la república.

Estos relatos se darán en los púlpitos rurales.

«¿Ha leído V. los horrores ocurridos en Barcelona?»

«No, prefiero leer aquel anuncio de los compañeros del capitán Cook.»

Es más artístico.

En un pueblo de España los demagogos han cortado la cabeza al cura y á su ama, que estaban dormidos, y han unido al cuello del ama la cabeza del cura, y al cuello del cura la del ama.

Esta sangrienta burla ha dado por resultado que al levantarse el cura se fué á la cocina á hacer el chocolate, y el ama celebró el santo sacrificio de la misa.

Los vecinos del pueblo están horrorizados y piden orden y gobierno fuerte.

Ayer en casa de unos republicanos cogieron á una tierna niña de pocos años, y para saciar en algún modo su ferocidad, le agujerearon con un hierro entrambas orejas.

El pretexto fué ponerle pendientes en lo porvenir.

«Añaden la hipocresía á la crueldad...»

«¡Infames! Crímenes tales no se habían cometido nunca.»

«Pero ¿qué hace esa *Gaceta* que apenas publica nombramientos?»

«—Está descansando de cuando Vds. le hacían publicar todos los días centenares de ellos.»

«—¡Al fin llegó la nuestra!»

«—¿Cómo la nuestra?»

«—La república, hombre.»

«—Pero si V. ha servido á todos los reaccionarios.»

«—Sí, pero siempre le he repetido que era tan republicano como V. Póngame V. una carta recomendándome al jefe del Poder Ejecutivo.»

LA CLERIGALLA.

LIBRITO DE SACRISTIA.

POR

VÍCTOR CABALLERO Y VALERO.

Mucha sal, mucho desgarbo, mucha facilidad; todas las gracias y los lunares de la improvisación se hallan en ese curioso libro, que donde da con un clérigo allí suelta el palo.

De lo cual puede cerciorarse el público devoto, por cuatro reales en Madrid y cinco en provincias.

MADRID.—1873.
(Imprenta de G. García Leon (barrio de Salamanca).)